

Olivia C. COCKBURN, *Los verbos latinos en -izare (-issare, -idiare). Adaptación, uso y desarrollo del morfema griego -ίζειν en el latín antiguo*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2021, 236 páginas, ISBN 978-84-7882-870-8

PEDRO JOSÉ ROMERO GÓMEZ
Universidad Autónoma de Madrid (España)
pedroj.romero@estudiante.uam.es

DOI: <https://doi.org/10.24197/mrfc.35.2022.187-191>

Cualquiera que estudie la lingüística latina sabrá lo difícil que resulta muchas veces conjugar el gran volumen de ejemplos que se suele manejar con una adecuada profundidad de análisis. Quizá por ello la mayor virtud de la obra de Cockburn, y aquello por lo que hay sin duda que felicitarla, es haber sido capaz de efectuar un trabajo de investigación meticulado y exhaustivo sobre un inventario de verbos contrastado y completo. Si bien es cierto que el sufijo latino *-izare* (*-issare*, *-idiare*) había recibido cierta atención académica previa, los estudios anteriores habían sido parciales, y siempre se recurría a un análisis básico de los ejemplos ofrecidos, o a una reducción de su número. Así, el texto de Cockburn está llamado a convertirse en una herramienta de referencia fundamental para todo aquel que quiera ahondar en el estudio de este sufijo, y también comprender la cambiante relación entre la lengua griega y latina en la Antigüedad.

El trabajo abre con un prólogo redactado por el profesor Benjamín GARCÍA-HERNÁNDEZ, quien es además director de la tesis doctoral en la que se basa el libro, y por tanto conoce de primera mano la materia del libro. Tanto es así que, en vez de elaborar un prólogo tradicional, decide usar tal espacio para dar un ejemplo de aplicación práctica del análisis e inventario elaborado por la autora en el contexto de los estudios morfo-etimológicos. Con este breve ensayo consigue, sin duda, resaltar el valor de la obra de Cockburn de un modo efectivo e inspirador.

Una vez dejamos atrás dicho prólogo, la autora comienza con una introducción en la que describe la relación del griego y el latín en la Antigüedad, haciendo hincapié en la cambiante relación del latín respecto al griego y la variable influencia del último. Además, se presentan las fuentes de estudio consultadas y se incorpora un breve estado de la cuestión que, sin embargo, recoge con solvencia los principales precedentes académicos, especialmente los estudios sobre bases de derivación de Mignot y acerca de los verbos en *-sco* de Haverling. También se plantea la metodología empleada, destacando los métodos de clasificación utilizados, tales como las estructuras paradigmáticas secundarias de Coseriu, el sistema de clasificación de préstamos griegos de Biville, la oposición privativa *facere // agere / facere* de Ló-

pez-Moreda y el sistema clasemático de García-Hernández en relaciones intersubjetivas e intrasubjetivas. Es interesante mencionar que la autora añade asimismo criterios de inventariado propios, como el género literario de aparición de los verbos, que dotan al estudio de una visión fresca y más profunda de la naturaleza de estas palabras.

Tras esta introducción, el libro entra en materia y su estructura se vuelve reiterativa y cronológica. Todos los capítulos posteriores, salvo el dedicado a las conclusiones, mantienen un mismo formato: una breve introducción en la que se señalan los principales aspectos que se van a abordar en el capítulo, y las fuentes primarias del periodo que se analiza junto con las variantes del sufijo en dicha época; después se enumeran los distintos verbos identificados para tal cronología, que son estudiados individualmente y, tras ello, se concluye con una exposición de las características y valores semánticos establecidos, y se cierra con un resumen del capítulo. En este sentido, la autora desglosa su objeto de estudio en cómodos compartimentos históricos para luego aplicar sistemáticamente su método de estudio a cada uno, lo que constituye el cuerpo de la obra.

Para el latín arcaico, Cockburn señala la pertenencia de *-issare* al campo del habla por su vínculo con lo griego, aunque destaca su productividad para las creaciones latinas (*vibrissare*, *patrissare*), y su consiguiente inestabilidad y extrañeza para el hablante latino. El sufijo pertenecería, por tanto, al registro vulgar de la población bilingüe, y es frecuentemente usado por los esclavos de las comedias. Por lo demás, indica, tiene un valor esencialmente frecuentativo, que a veces puede aparecer reforzado con *-itare* (*sicilicissitare*). La función del sufijo es activar la base léxica, generalmente nominal, con lo que predominan los valores imitativo, instrumental y factitivo, según la base sea una persona, un objeto o un adjetivo, respectivamente. Además, la mayoría de verbos son denominativos y ejemplos de “desarrollo” según el sistema de Coseriu, aunque hay algunos ejemplos de “modificación”, de entre los que destaca *sicilicissitare*, que puede funcionar como ambos.

Respecto al latín clásico, la autora insiste en la escasez de ejemplos que poseemos de este periodo, y lo atribuye al rechazo por parte del latín literario de términos griegos, considerados como una forma de invasión lingüística. En este sentido, los testimonios literarios conservados no reflejan la realidad lingüística de la época, que probablemente usaría estos verbos coloquialmente. Además, los ejemplos recuperados pertenecen al lenguaje técnico y expresan conceptos precisos de los que carecía la lengua latina. La autora destaca aquí el rango de tecnicismos empleado por Vitruvio, su principal fuente para este periodo. El análisis realizado indica que *-issare* sigue predominando, probablemente por su paralelismo con términos ya existentes y por el poco bagaje de la grafía <z>, que aparece en el siglo I a.n.e. para representar el contacto con el signo griego ζ. El valor del sufijo en este periodo es de “hacer no productivo” y sigue funcionando como activador de la base léxica. Así, los verbos creados son de aspecto progresivo no-resultativo y la mayoría, menos *gargarissare*, responden a procesos denominativos (*citharizare*).

El panorama, sin embargo, cambia con el advenimiento del Imperio, estudiado en los dos capítulos siguientes. En el Alto Imperio, la autora destaca un primer aumento del uso del sufijo, aunque generalmente todavía como ocasionalismos o *há-pax*. Además, señala la división de las dos variantes principales de este según el contexto: *-izare* se generaliza para los tecnicismos en obras como la *Naturalis Historia* de Plinio, la cual es la principal fuente literaria para este periodo, mientras que *-idiare* e *-issare* quedan relegadas al latín vulgar: aparece en Petronio y en ciertos pasajes de Suetonio en los que describe la lengua coloquial de Augusto. En el ámbito lingüístico, verbos como *aerizare*, *hepatizare* o *lygnizare* adquieren una forma adjetival que indica la consolidación de la función imitativa del sufijo, que llega a vincularse a bases léxicas que notan un objeto inanimado. También se observan los valores reiterativo (*bombizare*) y frecuentativo, este sobre todo para *-issare*. De nuevo, predominan los ejemplos de “desarrollo” (*celetizare*, “actuar como un jinete de caballo de carrera”).

Es en el Bajo Imperio cuando Cockburn detecta una proliferación del sufijo, que vincula a la aparición de los primeros textos cristianos en latín, los cuales, originalmente en griego, promovieron la influencia de esta lengua en el latín. De este modo, aparecen helenismos y hebraísmos, que responden a la necesidad de la población romana de expresar nuevos conceptos cristianos. Además, la lengua griega va a considerarse sacra, lo que propicia que la mayoría de verbos nuevos se desarrollen bien al cristianizar términos ya en uso (*baptizare*, *colaphizare*), bien como préstamos o traducciones directas de palabras griegas, “hiperhelenismos”, según Palmer. A pesar de esto, se observan ejemplos de modificaciones con prefijos latinos, llamados por Biville *expansions latines sur bases grecques*, lo que supone la completa integración del sufijo en el sistema morfológico latino. Por otro lado, la variante *-idiare* se usa más en este periodo como estrategia de acercamiento al lenguaje coloquial por parte de los textos cristianos, diseñados para ser leídos a la comunidad y que por tanto requerían una pronunciación más familiar para la mayoría de la población. En el ámbito lingüístico, los valores verbales imperantes en esta época son el imitativo (*allegorizare*) e instrumental (*angarizare*), este último especialmente en los tratados técnicos. Predomina el valor no-resultativo, que resulta factitivo en el caso de los verbos cristianos de adoctrinamiento. Una vez más, la mayoría son ejemplos de “desarrollo”, aunque la “modificación” predomina entre los verbos que añaden un prefijo.

Cuando llega al latín tardío, la autora decide establecer una división entre los ejemplos de la literatura cristiana y los que aparecen en tratados técnicos, y el motivo aducido es el aumento en el volumen de ejemplos recuperados y los distintos valores que adquiere el sufijo en sendos contextos.

Para la literatura cristiana, la autora señala el aumento de creaciones latinas a pesar de la mayor proporción de préstamos griegos. Esto indica la expansión del sufijo en el latín y la consolidación del proceso iniciado en el Bajo Imperio. La variante *-izare* es la más usada, mientras que *-idiare* se manifiesta sobre todo en

verbos introducidos previamente. Los principales valores semánticos observados siguen siendo el imitativo, instrumental y factitivo, aunque aparece alguno iterativo y un nuevo valor direccional en que la base expresa el lugar de desarrollo o la dirección de la acción.

En el caso de la literatura técnica, la autora reseña una mayoría de préstamos griegos por su estatus de lengua de prestigio en disciplinas como la medicina y la veterinaria. Aun así, se trata de la primera vez que las creaciones latinas son más numerosas que los hiperhelenismos, lo que marca un punto de inflexión para su evolución posterior. El registro es menos formal, ya que se trata de textos dirigidos a una audiencia menos culta, artesanos con conocimiento práctico, lo cual propicia la expansión de la variante *-idiare* y la aparición de muchos grecismos, términos transcritos del griego, etc. En definitiva, hablamos de una variante de la lengua cercana al latín vulgar, en la que predominan los ejemplos de “desarrollo”.

Por último, la autora recoge una serie de observaciones generales para el periodo. Destaca el aumento de verbos denominativos, casi siempre formaciones latinas y con primacía de los valores factitivo e instrumental, este último especialmente propio de los tratados técnicos, donde la base léxica indica el objeto o medicamento utilizado. También resalta el valor genérico instrumental e imitativo intransitivo, al cual se añade el frecuentativo, exclusivo de las creaciones no latinas. También resalta la distinción entre *-izare* e *-idiare*, que sistematizan valores diatético factitivo y frecuentativo, respectivamente.

Tras esta parte, que podríamos considerar el cuerpo del texto, la autora concluye su trabajo con un capítulo dedicado a los resultados del estudio y una lista de sinónimos y verbos de la misma familia léxica. En este, Cockburn revisa el origen de las tres variantes del sufijo, esto es, la base griega *-ισσειν* utilizada en la Magna Grecia para *-issare*, Petronio para *-idiare*, que sería sincrónico con el primero, y Suetonio, Vitruvio y Cornelio Nepote para *-izare*, ya que considera que los ejemplos detectados en Plauto son erróneos, pues reflejan bien una corrección posterior de escribas, bien el uso de caracteres griegos, aquí ζ, en este autor. También se señala el valor semántico principal de cada una, a saber, frecuentativo para *-issare*, reforzado con *-itare*, e *-idiare*, y factitivo para *-izare*. Asimismo, se reseñan los principales valores generales del sufijo: uno básico no-resultativo, tensivo en algunos como *atticissare*, con tendencia tardía hacia otro resultativo (*drachumissare*, *latinizare*), en el que la base nombra el resultado de la acción verbal.

Después de considerar los datos obtenidos para las distintas variables del sufijo, Cockburn realiza algunas observaciones de carácter general. Así, identifica la función del sufijo como la verbalización del concepto base, especialmente en los verbos imitativos e instrumentales. También considera que tiene el mismo desarrollo aspectual que la formación *-sco*, estudiada por Haverling, y señala el predominio de los ejemplos de “desarrollo” sobre los de “modificación”, que suelen aparecer con *-issare/-idiare* como préstamos con prefijo latino tardío o como modificaciones verbales. Además, aporta un breve estudio de los sufijos concurrentes con el analiza-

do, en el que se destaca el papel de *-scere* y *-are* en época arcaica y *-scere* e *-icare* en época clásica. De estos se destaca el valor progresivo de *-scere*, reforzado con un prefijo intensivo y más próximo a *-izare*, el diminutivo de *-icare* por influencia del latín vulgar y la naturaleza latina de *-ficare*, que funciona como alomorfo de *facere*.

Por último, Cockburn añade algunas conclusiones sobre la productividad del sufijo. Así, considera que su uso temprano es signo de la cercanía desde época arcaica entre latín y griego, e insiste en la productividad creciente del sufijo hasta época moderna, favorecida por pertenecer a la primera conjugación y en cuya evolución, irónicamente, aunque la variante *-idiare* (hoy *-ear*) documenta menos ejemplos, es hoy la más productiva. El capítulo se cierra con una tabla que recoge un inventario exhaustivo de todos los verbos estudiados. Esta, sin duda, resulta un complemento práctico de gran utilidad para el planteamiento teórico de libro.

El texto de Cockburn es ante todo claro y sistemático. Resulta evidente en todo momento la presencia de una tesis doctoral previa que respalda la elaboración del libro, lo cual le otorga una estructura muy pautada y un estilo metódico y científico. Sin embargo, esta condición es también causa, en nuestra opinión, de un exceso de repetición del contenido que lleva a una lectura tediosa. En efecto, la ya mencionada distribución interna de los capítulos suele acabar siendo demasiado reiterativa, ya que la introducción tiende a recoger de antemano la mayoría de observaciones finales, y la división final en conclusiones y resumen lleva la mayoría de veces a la yuxtaposición de dos secciones con un contenido muy similar, especialmente en los capítulos en que el menor volumen de verbos recabados obliga a elaborar secciones más cortas. Aun así, el valor científico del libro es, como decíamos al principio, enorme, y la repetitividad de su estructura invita, si no a su lectura en conjunto, sí a utilizarlo como obra de consulta sobre la materia.

En cualquier caso, hay que felicitar a Cockburn por ser capaz de realizar un análisis exhaustivo de este sufijo, uno de los más productivos en época moderna, para el cual no existía ningún estudio sistematizado de estas dimensiones. Solo por este logro su trabajo está llamado a convertirse en obra de referencia.